

y tan fuerte que ejercitéis sobre las inteligencias y sobre los corazones durante vuestra vida mortal, la ejercitaré yo mismo para vuestra gloria y la salvación de mis hermanos.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Necesidad del buen ejemplo en un Sacerdote.* Al Sacerdote y al pastor se ha dicho: Sed la forma del rebaño. San Pablo invitaba á los fieles á imitarlo como él imitaba á Jesucristo. El hacía esta recomendación á todos sus colaboradores: *Exemplum esto fidelium*. La Iglesia nos recuerda este deber en cada una de nuestras órdenes. No seremos la luz del mundo mientras no unamos la edificación del buen ejemplo á la predicación de la divina palabra: *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona*.

PUNTO SEGUNDO.—*Eficacia del buen ejemplo demostrada por la autoridad, la razón, y la experiencia.*—Autoridad de Jesucristo. Siempre nos está llamando á su imitación. *Exemplum dedi vobis.... Discite a me quia mitis sum*. Autoridad de la Iglesia: el Concilio de Trento y tantos Doctores.—El ejemplo, en efecto, obra igualmente sobre el espíritu, para iluminarlo, y sobre el corazón, para moverlo. Aquello que pueden mis semejantes ¿quién me impide que lo pueda yo? ¿Qué responder á este argumento?—La experiencia sobre este punto no deja nada que desear. ¿Cómo explicar los éxitos de S. Juan Bautista? Por sus ejemplos: hace más sacrificios que exige á otros. La lectura de la vida de los santos produce en nosotros las más saludables impresiones y aquí no vemos, sin embargo, sino las virtudes narradas, y por decirlo así, retratadas. ¡Dichoso el rebaño confiado á los cuidados de un Pastor ejemplar!

MEDITACIÓN LII

Primera cualidad del celo sacerdotal, la actividad

- I. Esta es esencial al verdadero celo.
- II. Por medio de que actos debe producirse.

PUNTO I

La actividad pertenece á la esencia del celo sacerdotal

La acción del celo es parecida á la de la caridad que es su principio; en donde quiera que se encuentre obra, el trabajo es su vida. Contentarme con gemir á la vista del mal, cuando Dios quiere que lo combata; dejar caer los brazos de abatimiento, cuando debiera buscar y poner en práctica todos los medios que inspira un deseo ardiente de procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas, sería faltar á mi ministerio y cargar sobre mí la más terrible responsabilidad: *Sanguinem ejus de manu tua requiram*. (1) La inacción de los Sacerdotes traería en pos de sí la ruina de la religión, como el sueño del pastor la pérdida del ganado. *Cum dormirent homines*.

Esta abnegación que Dios pone en el corazón de los buenos Sacerdotes, esta necesidad de hacerle amar, y de comunicar la felicidad, propagando su amor, nos lo representa la Escritura bajo la imagen del fuego: *Surrexit... quasi ignis et verbum ipsius quasi facula ardebat* (2).—*Qui facis...., ministros tuos ignem urentem* (3). Jeremías dice de sí mismo *Factus est in corde meo quasi ignis exestuans* (4). Y San Pablo: *Quis scandalizatur, et ego non uror?* La misma figura se encuentra en los doctores y los intérpretes: *Ignes-*

- (1) Ezech., III, 18,
- (2) Eccli., XLVIII, 1.
- (3) Ps., CIII, 4.
- (4) Jerem., XX., 9.

cat zelus tuus, dice San Bernardo; y en otro lugar: *Zelum tuum inflammet charitas*. Guillermo de París define el celo: *Flamma ferventissima de ipsa fornace Spiritus Sancti*. El corazón del apóstol es este horno del Espíritu Santo de donde salen, como otras tantas centellas y llamas, esas palabras animadas, esas exhortaciones vehementes, esos tiernos reproches, esas plegarias, esas amenazas dirigidas á los pecadores, oportuna é importunamente, pero siempre con discreción (1).

El fuego no reposa jamás. Tal es el celo; aunque tranquilo, está siempre en movimiento; echa mano de todos los medios para llegar á su objeto. Si me remonto hasta su primera fuente, el Corazón de Dios, (2) ¿dónde encontrar un deseo semejante de comunicar la felicidad, un deseo tan fecundo en obras y en obras grandes? «Alabad al Señor, exclama el profeta Isaías, publicad en medio de los pueblos sus admirables invenciones» (3). Ese celo, en efecto, es el que ha inventado la Encarnación, el sacerdocio, la Cruz, el altar... Es el que ha hecho descender al Verbo Eterno sobre la tierra: *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?* Sabemos como ha cumplido su misión: predica de día y ora de noche. Come con los fariseos, se convida á hospedarse en casa de Zaqueo, recibe en secreto á los que no se atreven á seguirle públicamente, de todo toma El motivo para instruir y para tocar el corazón... ¡Oh Sacerdote! ¿No lo oyes? ¿Quieres asociarte á su ardimiento por la salvación de las almas? *Exi cito*. Parte prontamente, recorre las calles, las plazas públicas, los caminos y los campos; llama á los pobres, los enfermos, los ciegos, los tullidos... y obligalos á entrar (4). Sírvate de estímulo el ejemplo del pastor que corre en pos de la oveja descarriada, el ejemplo de la

(1) II Tim., IV, 2.

(2) *Zelus vita Dei*. (S. Ambr.)

(3) Is., XII, 4.

(4) Luc., XIV, 21.

mujer, que todo lo remueve en su casa á fin de encontrar el dracma que ha perdido.

Tal ha sido el celo de todos los varones apostólicos. Lejos de languidecer en una corbarde apatía, se indignaban con solo el pensamiento de ser igualados por aquel celo infernal que no omite nada, nada perdona para extender sus devastaciones. ¿A qué sacrificios no se han resignado, qué piadosas estratagemas no han empleado para vencer los obstáculos y triunfar de la obstinación de los pecadores?...

Y yo, ¿qué he hecho? En el momento de la muerte, ¿podré, á imitación de S. Pablo, poner por testigos á todos aquellos que me han sido confiados? Si se pierden, ¿no tendré yo que responder de su desgracia, por haber despreciado muchos medios para salvarlos? ¿Les he anunciado el Reino de Dios, *publice et per domos*, dándoles avisos con incesante solicitud, obligándoles con mis lágrimas, cuando mis súplicas no bastaban? *Nocte et die non cessavi cum lacrymis monens unumquemque vestrum... Quapropter contestor vos hodierna die, quia mundus sum a sanguine omnium* (1). ¿No he sido yo uno de esos pastores indolentes que creen haber cumplido toda justicia contentándose con recibir lo que viene, sin ir á buscar lo que no viene? ¿Qué hubiera sido del mundo, ¡oh Salvador mío! si Vos hubieseis esperado á que viniesen á Vos? ¿Qué hubiera sido de mí mismo, si no me hubieseis prevenido con los santos impulsos de vuestra gracia?

PUNTO II

Como y con que actos se produce la actividad del celo sacerdotal

San Gregorio aplica al Pastor este pasaje de los Proverbios: *Fili mi, si sponderis pro amico tuo; defixisti apud extraneum manum tuam. Illaqueatus es verbis oris tui* (2). Cada alma confiada á mis cuidados

(1) Act., XX, 31, 26.

(2) Prov., VI, 1, 2.

es este amigo del que he sido hecho fiador; y he aquí el consejo que me da el Espíritu Santo: *Fac ergo quod dico, fili mi, et temetipsum libera* ¿Mas cómo librarme de este empeño? *Discurre, festina, suscita amicum tuum* (1). Necesito moverme, darme prisa para despertar esas almas aletargadas para excitar en ellas el hambre y la sed de justicia. Es necesario, pues, que yo sea *todo y para todos*, sin mirar en lo que me cueste.

1.º Nada se escapa á la activa caridad del buen Sacerdote: ni los vicios que ha de prevenir ó combatir, ni las virtudes que hará nacer ó formará, ni las buenas costumbres que ha de establecer, ni los abusos que ha de destruir..... Después de haber estudiado las disposiciones de su pueblo, examina por qué camino llegará más seguramente á los corazones que trata de ganar para Dios. Una iglesia bien cuidada, los oficios bien celebrados, instrucciones interesantes y oportunas, favores concedidos, maneras afables, testimonios de afecto dados en todas las circunstancias, no tardarán en hacer que desaparezcan todas las prevenciones y que vuelvan al redil todas las ovejas que andaban descarriadas..... Sin que se aumente á sí mismo las dificultades, procurará sacar el mayor partido posible de los sermones, y ceremonias extraordinarias: misiones, retiros, novenas..... asociaciones, cofradías, devociones.....

Excita y propaga el apostolado mutuo..... Cualquiera que haya gustado la felicidad de la religión, siente necesidad de darla á gustar á otros: la Samaritana convertida se esfuerza por convertir á su pueblo. El buen Sacerdote trueca en auxiliares á todos aquellos que ha uncido al yugo amable del Salvador. En el púlpito, en el confesonario, en el catecismo, en toda ocasión se aplica á inspirar el celo.

2.º Así como El está en *todo* y es para *todos*; para los pequeños, como para los grandes; para los pobres como para los ricos; para los enfermos como para los

(1) Prov., VI, 3.

sanos; los ancianos y los niños, los justos y los pecadores, los sabios y los ignorantes, todos sienten la saludable influencia de su celo, el buen Sacerdote puede decir con San Pablo: «*Sapientibus et insipientibus debitor sum*» (1) y añadir con el mismo: «*omnibus omnia factus sum ut omnes facerem salvos*» (2).

Pero si la caridad tiene sus reglas el celo también las tiene. De aquí que mientras más miserias encuentre y más dolores, tanta más compasión debo sentir. Según estas mismas reglas en el orden del bien debo yo preferir el más al menos y desear más vivamente una conversión que me promete frutos más abundantes..... ¿He seguido siempre estas reglas? ¿Por ventura, no hay en mi rebaño algunas ovejas privilegiadas, que han absorbido casi todos mis cuidados, con perjuicio de mis obligaciones para con las demás? Si he tenido preferencias, ¿para quiénes han sido? ¿He comprendido, por ejemplo, que más de la mitad de mis trabajos y de mi vida pertenecen á los *hombres*; que ocuparse de la santificación de los *mismos* es una necesidad urgente de nuestra época y un gran deber del clero? ¿Qué desorden, si una parte de la humanidad estuviese de algún modo sacrificada por la otra que injustamente se prefiere! (3).

Entremos dentro de nosotros mismos y meditemos seriamente estas verdades. El celo sin actividad es el fuego sin calor; es un fantasma de celo; ¿qué debemos pensar del nuestro? ¿Tiene esta primera cualidad? Humillémonos siempre, sin desalentarnos jamás: y pedid á Dios, en vuestra acción de gracias después de la Misa, que os abraze en este divino ardor que ha producido tantas y tan hermosas obras en los varones apostólicos: *Illo nos igne, quaesumus, Domine, Spiritus Sanctus inflammet, quem*

(1) Rom., I, 14.

(2) I Cor., IX, 22.

(3) Recomendamos á los Sacerdotes que lean y mediten el opúsculo publicado con este título: «*Llamamiento al clero para la santificación especial de los hombres,*» por el P. Valuy, S. J.

Dominus Noster Jesus Christus misit in terram et voluit vehementer accendi..... (1)

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La actividad pertenece á la esencia del celo sacerdotal.*—El celo es como la caridad cuyo principio es: en donde quiera que está, obra. La Sagrada Escritura nos lo representa bajo la imagen del fuego, el más activo de todos los elementos, que no conoce el reposo. ¡Qué celo tan ardiente el de Jesucristo! Predica durante el día y ora de noche; come con los fariseos; toma ocasión de todo para instruir y mover los corazones. Nos estimula por medio de parábolas.. Esta santa actividad la encuentro en todos los varones apostólicos..... Y yo ¿soy por ventura de esos pastores indolentes que se contentan con recibir lo que viene, sin ir á buscar lo que no viene?

PUNTO SEGUNDO.—*Mediante que actos se produce la actividad del celo sacerdotal.*—El Sacerdote verdaderamente celo es para *todo* y para *todos*. Nada se escapa á su activa caridad: prevenir ó combatir vicios; hacer nacer ó formar virtudes; iglesia bien preparada, cultos. Ordenar instrucciones interesantes, favores concedidos; ceremonias, asociaciones;... no desprecia ningún medio. Sabe comunicar su celo y saca gran partido del apostolado mutuo. Así como es para todo, lo es para todos; quiere poder decir con San Pablo: *Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos*: Si su celo es imparcial, está regulado. Siente más compasión allí donde hay más miseria.

MEDITACIÓN LIII

Segunda cualidad del celo sacerdotal, la mansedumbre, considerándola en Jesucristo

- I. En su enseñanza.
- II. En su ejemplo.

(1) *Missa ferice sextæ quatuor temp. Pentecost.*

PRIMER PRELUDIO.—Representémonos á Jesucristo, tranquila el alma, sereno el semblante, anunciando su celestial doctrina sobre la dulzura; ó bien considéramosle en medio de sus enemigos, hecho el blanco de todos los malos tratamientos y no oponiendo á la furia de aquellos más que su paciencia.

SEGUNDO PRELUDIO.—Pidámosle que nos haga conocer, estimar, amar y practicar una virtud que le ha sido siempre tan querida: *Jesu mitis et humilis corde, miserere nobis.*

PUNTO I

Como Jesucristo nos ha enseñado la dulzura

Ningún punto de la Ley nueva ha sido recomendado tan á menudo ni con más insistencia por el divino Legislador, ora á los simples fieles, ora y muy especialmente á los que han de conducirlos por los caminos de la salvación.

1.º En su sermón del monte el Salvador coloca la humildad en la primera bienaventuranza: *Beati pauperes spiritu*, y en segundo término la dulzura, que es su inseparable compañera: *Beati mites*. Proclama hijos de Dios á aquellos que son mansos y pacíficos. Si reforma los antiguos preceptos, es para introducir en ellos más mansedumbre. «Se os ha dicho; Amaréis á vuestro prójimo y odiaréis á vuestros enemigos; y Yo os digo: Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrezcan..... Perdonad, no ya siete veces, ni setenta veces siete..... sino siempre. Guardaos de devolver injuria por injuria, y si alguno se olvida del miramiento que os debe hasta el punto de golpear vuestra mejilla derecha, os aconsejo que le presentéis la izquierda. ¿Quiere alguno arrebatáros vuestra capa? Creedme, abandonad también vuestra túnica, antes que venir á parar en contiendas que podrían perjudicar la mansedumbre.»

Meditemos sobre todo lo que se lee en el capítulo XI de San Mateo. Acababa de revelarnos sus

grandezas y de aparecer, en cierto modo, en todo el esplendor de su divinidad: *Omnia mihi tradita sunt a Patre meo*, etc..... Se complace en llamarnos y en decirnos en el lenguaje más conmovedor: «Venid á Mí todos vosotros los que sufrís; cualquiera que sea el peso de las penas que os agobien, venid todos á descargarlo sobre Mí. Buscáis el reposo de vuestras almas, lo encontraréis en la imitación de mi mansedumbre: *Discite a me quia mitis sum*..... Yo no os digo: Venid á Mí porque soy el Soberano Señor....; yo os digo: Venid á Mí porque he tenido piedad de vuestras miserias hasta descender en medio de vosotros, hasta revestirme de vuestra carne, cargarme con vuestros crímenes, reconciliaros con mi Padre, traeros la ciencia de la felicidad; ved aquí el compendio: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.» Tal es el espíritu de Jesucristo. Es imposible ser su discípulo, sin ser cristiano con mansedumbre; pero esta virtud es aun más necesaria á sus ministros.

2.º Pruébese esta verdad por la autoridad de San Pablo, que excluyó del santuario los vicios contrarios á la mansedumbre: *Non iracundum*...., *non percussorem* (1). Aquel que se honra de ser servidor de Dios y á más es su representante, no debe ser pendenciero, sino que, lleno de mansedumbre, respete á todos: *Servum domini non oportet litigare, sed mansuetum esse ad omnes* (2).—*Tu autem, o homo Dei*...., *sectare*...., *mansuetudinem* (3).

Se prueba la misma verdad por la autoridad de Jesucristo. Santiago y San Juan, enviados por El á Samaria para prepararle habitación, vuelven animados de un espíritu que se tomaría como hijo del cielo, anunciándole que los habitantes de aquella ciudad no querían recibirlo: *Non receperunt eum* (4) y exclaman indignados: Permitid, Señor, dejad obrar

- (1) Tit., I, 7.
- (2) II Tim., II, 24.
- (3) I Tim., VI, 11.
- (4) Luc., IX, 53.

nuestra fe y vuestro poder; concedednos que en vuestro nombre nosotros hagamos descender fuego del cielo sobre hombres tan culpables: *Domine, vis, dicimus ut ignis descendat de celo et consumat illos?* (1) Jesús les responde con calma: «No conocéis el espíritu de vuestro ministerio. No he venido para perder á los pecadores, y no es esta la misión que os he dado..... Usando de este rigor, los perdería, al paso que mi bondad los salvará. Yo os envío entre los hombres donde estaréis como en medio de lobos; sed mansos como corderos y sencillos como palomas. A los que en el último día vengan á decirme: «Señor, ¿no hemos profetizado, arrojado los demonios, hecho grandes cosas en vuestro nombre?» Yo les responderé: «No os conozco; Apartaos de mí, obreros de iniquidad; ¿cómo pretendíais representarme sin tener el primer rasgo de mi carácter, la primera virtud que prosigo en Mí para la imitación de mis discípulos: *Discite a me quia mitis sum?*» A las lecciones del Maestro deben añadirse los ejemplos del modelo.

PUNTO I

Con cuanta perfección Jesucristo ha practicado la mansedumbre

Los profetas, que habían retratado de antemano el carácter del Mesías, no lo habían mostrado al mundo ni por los tesoros de ciencia de que estaría lleno, ni por la grandeza y multitud de sus milagros, sino principalmente por su mansedumbre: «He aquí tu rey que viene á tí, hija de Sión; no trae más séquito que su mansedumbre y su bondad (2). Es un Cordero, que se deja llevar, sin quejarse, sobre el altar en que va á correr su sangre (3). Su voz jamás se oirá entre contiendas y clamores; no tronchará la caña ya rota, ni apagará la mecha que aun humea» (4).

- (1) Luc., IX 53.
- (2) Matth., XXI, 5.
- (3) Jerem., XI, 19.
- (4) Matth., XII, 19, 20.

Nosotros sabemos en cuanto la realidad ha excedido á las figuras. El Salvador era tan manso en su infancia que su sola presencia disipaba los enojos. No era conocido más que por su mansedumbre, hasta el extremo de dársele este nombre: *Eamus ad suavitatem, ut hilares fiamus* (1). Durante su vida pública, con que paciencia sobrellevaba los defectos, la rusticidad de sus discípulos, casi todos sin educación..... no cansándose en explicarles lo que tanto trabajo les costaba aprender; la importunidad de aquellas muchedumbres, que le seguían por todas partes, y le *opprimían* (2), sin darle un momento de descanso. ¿Se le oye quejarse? ¿Se le nota jamás la menor alteración en su semblante? ¿Qué no tendría que sufrir de parte de los fariseos que le tendían tantos lazos, y le proponían tantas cuestiones capciosas? Mientras que no atacaron más que su persona, los trató con la más dulce moderación; y cuando le obligaron á desenmascarar la hipocresía de aquellos, para impedir la seducción, con qué tacto respetó la autoridad que tenían al mismo tiempo que condenaba con vigor los abusos que cometían?

¡Cuánta condescendencia para con las almas extrañadas! Su indulgencia en este punto llegó tan lejos, que la malignidad hizo de ella un arma contra Él: se le acusó de ser amigo de los pecadores. ¿Trató de justificarse de este reproche? Al contrario declaró que los pecadores eran el primero y esencial objeto de su misión (3). Esta mansedumbre inalterable es la que convierte á la Samaritana, llama á Zaqueo, gana á María Magdalena, hizo derretirse en lágrimas al apóstol que lo había negado..... ¿Pero qué decir de su mansedumbre en el curso de su Pasión? Con respecto á sus discípulos, que en el huerto de las Olivas están tan poco penetrados de su profunda aflicción: *In-*

(1) *Christus adhuc puerulus adeo mitis erat et suavis, ut a Judæis suavitas appellaretur; et ideo illi ad se invicem dicerent: Eamus ad suavitatem, ut hilares fiamus* (Lobner. Biblioth.).

(2) *Et comprimebant eum* (Marc., V, 24.).

(3) *Non veni vocare justos, sed peccatores.* (Matth., IX, 13)

venit eos dormientes..... Non potuistis una hora vigilare mecum? Por lo que hace á Judas: *Amice, ad quid venisti? Juda, osculo filium hominis tradis!* Con respeto á sus verdugos: *Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt.* Cada uno de estos rasgos merece ser profundizados en la meditación.

¿Qué responderá á esta doble enseñanza del precepto y del ejemplo un Sacerdote altivo, colérico, impaciente, duro de palabra, de tono imperioso y de aire dominante?... ¿Qué hay de común entre su espíritu y el espíritu de Cristo? ¿En qué se asemeja á su modelo? Y sin embargo: *Ego sum via, veritas et vita.* Si tú ¡oh Sacerdote! no sigues este camino, ¿á dónde vas? Fuera de esta *verdad*, ¿en dónde te hallas? Separado de esta *vida* ¡qué muerte tan funesta! ¡Ah! ¡cuántas faltas has cometido contra la mansedumbre.

Pide perdón al Cordero de Dios de haber participado tan poco de su espíritu hasta el presente, á pesar de haberte alimentado cada día con su carne adorable. Arrójate en sus brazos, atraído por la amable invitación que te dirige, como en otro tiempo á los desgraciados de la Judea: *Venite ad me, omnes.....* ¡Oh! cuán dulce, cuán suave es Jesús en el altar, en tus manos, dentro de tu corazón! Cuando lo hayas recibido, después de adorarle, permanece en silencio todo el tiempo que pudieres encantado con esta inefable mansedumbre que inspira su presencia en medio de nosotros. Pídele que calme todas las agitaciones de tu alma, que establezca en tí esa paz que excede á toda ponderación y con la cual es tan fácil ser manso, afable y paciente. Siempre lo serás, dice San Crisóstomo, si no pierdes nunca de vista la mansedumbre de Jesucristo: *Recordare mansuetudinis Christi, et statim mansuetus eris et clemens* (1).

(1) Homil. de mansuetudine.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Como Jesucristo nos ha enseñado la mansedumbre.* 1.º En su sermón del monte pone en primer término de las bienaventuranzas la humildad y después la mansedumbre, compañera inseparable de aquella. Ningún punto de la ley ha sido recomendado tan á menudo y con tanta insistencia: *Discite a me quia mitis sum.* No se puede ser su discípulo sin tener esta virtud. 2.º Pero sobre todo á sus ministros es á quienes impone esta obligación: Pruébese por San Pablo que excluye del santuario los vicios opuestos á esta virtud. Pruébese por el mismo Jesucristo. ¿Qué responde á Santiago y á San Juan cuando querían ejecutar un acto severo? *Increpavit illos, discens: Nescite cujus spiritus estis.*

PUNTO SEGUNDO.—*Con que perfección ha practicado Jesucristo la mansedumbre.*—Los profetas lo habían anunciado al mundo como un Rey lleno de mansedumbre, como Cordero que se deja inmolar sin quejarse. En su infancia era tan dulce que su sola presencia bastaba á disipar los enojos. En su vida pública ¡qué paciencia en sobrellevar á sus discípulos y á aquellas multitudes que le oprimían! ¡Qué indulgencia tan suave para con las almas extraviadas! Quiso ser llamado amigo de los pecadores, objeto primero de su misión. ¿Qué decir de su mansedumbre en el transcurso de su Pasión, hacia Judas, hacia sus verdugos? ¡Oh! cuán suave, cuán dulce no es Jesús en el Altar, en la Eucaristía, en nuestros corazones!

MEDITACIÓN LIV

*La mansedumbre considerada en el Sacerdote.
Su necesidad*

- I. La debe á su ministerio.
- II. La debe á sí mismo.

PUNTO I

El ministerio sacerdotal exige una gran mansedumbre

Teniendo la obligación de concurrir á la salvación de nuestros hermanos por todos los medios que están á nuestro alcance, no debemos olvidar que la

mayor parte de estos medios toman de la mansedumbre toda su eficacia. Para llevar á Dios los corazones, es necesario primero poseerlos, y la mansedumbre es la que nos los da; por esto dijo San Ambrosio: *Nihil tam utile quam diligere.* La Religión no se impone, persuade. La conversión no se manda; se obtiene mediante la paciencia; se llega á ella por el camino de la insinuación. «El ministerio no consigue frutos, cuando no está ayudado por la confianza; y no está ayudado por la confianza, cuando tiene por auxiliares la dureza y la sequedad en el carácter del ministro.» (1). Los hombres son de tal condición, dice San Vicente de Paúl, que ninguno quiere ser reprendido con aspereza; la pasión no corrige la pasión. El corazón del hombre, según la frase de Bossuet, no se gobierna tanto por el poder, cuanto se lisonjea y se gana por la dulzura. En la dirección de las almas, la fuerza no ha de emplearse para someter nada, puesto que se trata de ofrecer á Dios víctimas voluntarias, de formarle hijos, no esclavos. «La mansedumbre trae consigo otras tres virtudes que son absolutamente necesarias para la dirección espiritual: la paciencia para sobrellevar, la compasión para condolerse, la condescendencia para curar.» (2)

En la Sagrada Cátedra, si el Sacerdote, en vez de usar el lenguaje de un padre: *Convertimini, filii revertentes* (3).—*Convertimini, et quare moriemini, domus Israël?* (4), no deja oír sino las duras palabras de un maestro airado; si á la severidad de una moral ya molesta para las pasiones, añade la severidad de tono y de lenguaje y la amargura del reproche, ¿qué puede esperar de su predicación? Indispone al auditorio contra él y contra el Evangelio. Aleja de la Religión á aquellos que debía atraer; en lugar de ablandar, endurece. En el Santo Tribunal de la Pe-

(1) Massillon.

(2) Boss., Paneg. de S. Franc. de Sal., 3.ª p.

(3) Jerem., III, 14.

(4) Ezech., XXXIII, 11.